

La música tiene un contenido esencialmente heroico con bastantes momentos líricos de mucha belleza, destacando el sueño del protagonista. El papel de Mlada necesita de una soprano dramática de gran aliento, con momentos de verdadera dificultad vocal, que sería un buen caballo de batalla para una María Callas, por ejemplo, si la hubiese incluido en su repertorio en el cenit de su esplendorosa carrera.

La cuarta ópera que estrenó Smetana fue *Las dos viudas*, el 27 de marzo de 1874. Cuatro años más tarde sustituye los diálogos hablados por recitativos y de esta forma es como hoy se conoce.

Las dos viudas, «ópera de salón», como el autor la definió, ha sido comparada a menudo con *Così fan tutte*, de Mozart, sin demasiados motivos para ello. La obra comienza con una obertura al estilo, pero sin la inspiración de *La novia vendida*. Se levanta el telón en la mansión campestre de Karolina. Karolina es una mujer libre y decidida que echa en cara a su prima Anezka el largo luto que lleva por la muerte de su marido: le aconseja contraer un nuevo enlace y la mejor forma de conseguir un buen partido es acudir a la fiesta de la cosecha, de la cual es ella reina en esta ocasión. El guardabosques de Karolina, Mumlal, entra para quejarse de la existencia de un cazador furtivo al que no hay forma de descubrir. Se oye el estampido de un arma y Mumlal se precipita en busca del que cree es el cazador sin licencia.

Sola la escena, aparece Ladislav y nos enteramos en seguida que éste, enamorado de Anezka, busca el medio de aproximársele a través de la caza furtiva. Sus deseos no han logrado éxito debido a la torpeza de Mumlal. Ocurre lo esperado por fin, y el guardabosques presenta el culpable a la dueña de la casa. Oportunidad para escuchar un arioso de Ladislav, seguido de un trío y un cuarteto muy bien escritos. La sentencia condena al culpable a pasar una jornada encerrado en la casa. Anezka inevitablemente comienza a interesarse por Ladislav. Karolina se percibe de la situación y quiere forzar la decisión de su prima dándole celos. La intriga se complica por las intervenciones cada vez más decisivas de Karolina. Por fin, Anezka no resiste más y le confiesa a la prima que ama a Ladislav locamente. Muy oportunamente éste escucha la confesión y todo termina en un *happy end*.

Con esta obra Smetana quiso repetir el éxito de *La novia vendida*. Hay que reconocer, en líneas generales, que no lo consiguió. Sin embargo, sí acertó en páginas que nada tienen que envidiar a la citada, por ejemplo, la gran escena de Anezka, casi todos los momentos escritos para Mumlal (hermano gemelo de Ketsal), el dúo de Ladislav y Karolina del Acto II y en la brillantísima polka que cierra la ópera.

Más fortuna quizá tuvo nuestro compositor con su siguiente trabajo, *El beso*, que sube al Teatro Provisional el 7 de noviembre de 1876.

Lukas se ha quedado viudo y ve la oportunidad de casarse con la muchacha de la que desde joven está enamorado, Vendulka. Los dos poseen un carácter muy fuerte y orgulloso: ninguno de sus parientes, por esta causa, presagian una unión ni duradera ni tranquila. En efecto, después de la petición de mano surge una seria disputa al intentar el novio besar a la novia. Hasta tres veces se enfadan y reconcilian y todo por no querer Vendulka ser abrazada. Se produce un distanciamiento entre los dos hasta que, tras algunas intervenciones de los familiares, llega el final feliz, que tiene lugar tras haber Vendulka pedido perdón públicamente por su terquedad (aunque en

realidad se negaba a ser besada por ser de mal agüero el beso dado por un prometido viudo antes de la boda), y por medio, naturalmente, de un beso.

Esta ópera, dentro de las fronteras checoslovacas, está a la altura de *La novia vendida* en popularidad. Fuera de ellas, es en Alemania donde más representaciones consiguió, sobre todo, en el período de entre guerras. Le falta, sin duda, la espontánea escritura y la inagotable inspiración de la otra obra. Aquí todo está más elaborado, lo que parece restarle naturalidad. Su música, por otra parte, es de una gran dulzura, velada por una cierta melancolía.

El argumento de la siguiente obra se la procura, como en el caso de la anterior, Eliska Krasnohorska, una escritora con buen oficio libretístico, que colaboró también con otros compositores checos importantes, como Zdenek Fibich. El estreno se produce, como todas las óperas del autor, en Praga, el 18 de septiembre de 1878. Su título, *El secreto*.

La historia puede contarse en pocas palabras. Rosa y Kalina algunos años antes de comenzar la acción de la ópera han querido casarse sin lograr el consentimiento familiar. Este hecho ha distanciado a las familias. El viejo Bonifacio, antiguo soldado, encuentra en el bosque una carta que entrega al legítimo destinatario de la misma, Kalina. La misiva está escrita por su hermano ya fallecido. En ella se cuenta la manera de hallar un valioso tesoro escondido. Este secreto va pasando de boca en boca hasta llegar a oídos del compañero que lo transmite a voces desde lo alto de la torre de la Iglesia. Se complica la trama. Al final, claro está, se descubre el tesoro: un pasadizo que conduce a la habitación de Rosa. Todos comprenden la intención del hermano muerto: la reconciliación de las dos familias, mediante el casamiento de los dos ya maduros protagonistas.

Smetana ya estaba aquejado de sordera cuando escribió la ópera. El haber perdido el puesto de director del teatro le colocó en condiciones económicas muy graves. No es de extrañar, pues, que pese a lo divertido del argumento y las complicadas situaciones en que se ven envueltos los personajes, la partitura destila una tristeza a veces de un patetismo sobrecogedor. Pero la experiencia del músico se había consolidado con el paso de los años y es una lástima que esta obra no tenga en Occidente el reconocimiento que, sin duda, se merece.

Libuse es la obra suprema de la música checa. Su significado desborda los límites de una simple obra escrita para la escena y se convierte en en la base de las aspiraciones de independencia de un pueblo. Es como si la Constitución de un país viniera definida por pentagramas en vez de por títulos y artículos. En su momento fue el grito de unidad e independencia de un pueblo: hoy es el monumento más sólido de su más inmediata historia.

Cuando Smetana se enfrentó con el texto que Josef Wenzig le presentaba, lo que más claramente intuyó fue el poder darle a su pueblo el mensaje de conciliación y destino común que todos deseaban. La opresión austríaca cedía; se estaban formando dos corrientes políticas definidas y enfrentadas: los viejos checos, conservadores y clericales, frente a los jóvenes checos, en el que militaban los artistas e intelectuales. El compositor veía esta contraposición como una guerra entre hermanos, y de ahí que su obra se culmine con la reconciliación de los protagonistas como único camino a



Escena del tercer acto de «Dalibor» en el Teatro Nacional de Praga.

seguir. Por ello, pues, en *Libuse*, más que personajes, con sus problemas y conflictos, existen ideas y símbolos, todo ello arropado por una partitura de un valor extraordinario. La desbordante orquestación, el colorido tímbrico, el discurso heroico del canto, la magnitud de las situaciones, por citar algunas de sus características más sobresalientes, hacen de esta obra un caso único en la historia de la música lírica, sin que exista ningún modelo ni paralelismo en cualquier otra cultura.

Los problemas que al autor se le presentaron para llevar a cabo el proyecto fueron inmensos. La mayor dificultad residía en encontrar un lenguaje adecuado para la exacta atmósfera. Para ello concibe la obertura como un denso poema sinfónico, donde a través de la exposición de los dos temas principales, introduce las ideas más importantes. Comienza con una fanfarria a la que sigue el tema de *Libuse* (lírico, arrollador), que se agranda *in crescendo* para una vez expuesto en todo su esplendor se apaga paulatinamente dando entrada al tema que representa a *Premysl* (viril, marcial). Desaparecido éste, vuelve el de *Libuse*. El significado está claro: *Libuse* (la patria) se une a *Premysl*, el príncipe que la defenderá y la conducirá a la gloria. El desarrollo musical lo hace Smetana usando el procedimiento wagneriano del «Leit Motiv», que expone, amplía, entrechoca en un perceptible crescendo que culmina con la apoteosis de la profecía final, creando con ello un edificio sonoro de una belleza esplendorosa.

El acto I se divide en dos cuadros. En un salón del palacio de *Libuse*, *Radmila* pone al corriente a la princesa de la lucha de *Chrudos* y *Stahlav* por la herencia paterna. *Libuse* toma la decisión de someter el conflicto al Tribunal del Estado. Una

joven de la corte, Krasava, enamorada de Chrudos, promete confiarle a Radmila un secreto que la atormenta. El cuadro segundo se abre en un ambiente cargado de tensión. El pueblo y sus gobernantes están cansados del conflicto que enemista a los dos hermanos y desean la aparición de un hombre enérgico que sustituya a la débil princesa en el ejercicio del poder. Se habla de Premysl como el idóneo. Se trata de un campesino que en numerosas ocasiones ha aconsejado a la princesa en los asuntos del gobierno. Convocadas las partes, ni el Tribunal, ni Libuse, logran reconciliarlas, entonces la princesa acude a lo que dice la ley: en caso de divergencia, la herencia deberá ser dividida en dos partes iguales. Chrudos rechaza someterse a esta ley. Entristecida Libuse decide abandonar sus funciones reales y propone al pueblo la elección de un caudillo. Los señores la invitan a que ella elija y Libuse pronuncia un nombre: Premysl.

El Acto II se desarrolla ante la tumba del padre de Chrudos y Stahlav. Krasava relata cómo, enamorados los dos hermanos de ella, esta razón fue la principal causa de la discordia. Arrepentida de su caprichoso proceder, ya que tanto a uno como a otro prometió sus favores, confiesa su amor a Chrudos y de este modo consigue que consienta en someterse a la ley y a Libuse.

El cuadro II del acto nos lleva a la granja de Premysl. Es un cuadro de gran belleza, cuya primera parte tiene una excelente descripción de la belleza del paraje. Llegan los mensajeros de la corte y comunican a Premysl la invitación de la princesa a tomarla como esposa y de someter al rebelde Chrudos. Emocionado el joven, acepta.

En el primer cuadro del acto III se realiza la sumisión de Chrudos al mandato de Libuse y su casamiento con Krasava. Pero su orgullo le impide aceptar que los acontecimientos se desenvuelvan de la forma en que están sucediendo.

En el segundo cuadro, y final de la obra, ante la presencia de Premysl, su rebeldía desaparece definitivamente. Como primera decisión de su incipiente reinado, Premysl abraza y perdona a Chrudos, y es entonces, cuando al invocar Libuse el espíritu de su padre muerto, desciende sobre ella una visión profética que le describe las glorias futuras de la nación.

Esta profecía final consta de seis cuadros, donde libretista y compositor hacen desfilar a ciertos personajes del pasado que se distinguieron por su actuación social y patriótica. La profecía termina con la firme convicción de que la nación checa triunfará de sus enemigos y no morirá jamás.

Smetana comenzó a trabajar en la obra en 1869, pero no llegó a estrenarse hasta 1881 por deseo del compositor que quería con ella inaugurar el definitivo Teatro Nacional checo, como así sucedió el 11 de junio de ese mismo año.

Brian Lague, el más cualificado biógrafo de nuestro compositor, señala que *Libuse* no es una ópera en el sentido común del término, sino un espectacular himno a la nación checa. Tiene razón, y esto explica que escasas veces se haya representado en otro país, donde se perdería su auténtico significado.

La última ópera de Smetana es *El muro del diablo* y su estreno tuvo lugar el 29 de octubre de 1882. El libreto, de nuevo de Eliska Krasnohorska, tomaba como motivo una leyenda inmemorial en torno a una enorme roca que aún existe sobre el río Vltava. El músico deseaba hacer algo cómico y, en este sentido, la libretista le proporcionó

un tema de estas características. Sin embargo, las circunstancias, personales y económicas, en las que se hallaba Smetana no eran las idóneas para lograrlo. Así el producto tiene en su totalidad un carácter ambiguo; el texto es de un sarcasmo hiriente, pero la música que lo sostiene es de una dulzura extraña. Texto y partitura parecen ir por caminos distintos. Smetana, perfectamente consciente de esta diversidad, aseguró a la Krasnohorska que su último trabajo siempre sería un enigma. Tal vez tenía *in mente* a Mozart y su *Flauta mágica*, cuando podría haber escrito su *Falstaff*.

Lo que sí está por encima de cualquier consideración es que *El muro del diablo* musicalmente representa el más alto nivel expresivo de un compositor en plena madurez. En el aspecto formal no hay novedades; la acción se desarrolla mediante arias, dúos, coros, concertantes, pero su música posee una intensidad, un calor y una homogeneidad extraordinarias.

La acción de la obra gira en torno a Vok, una especie de holandés errante en broma, a quien sus súbditos quieren casar a toda costa. El diablo Rarach, disfrazado de ermitaño, llega al lugar y encuentra en él terreno propicio para ejercitar su menester de tentador, motivo que aprovecha la libretista para dar un repaso a todas las pasiones humanas, desde el egoísmo del monje Benes hasta la ambición del burgrave Michalek. Como figura positiva de todo el entramado de personajes aparece la joven Hediska, figura paralela a la santa wagneriana, que redimirá por amor al protagonista.

La obra fue recibida con bastante frialdad. El compositor no se dejó amilanar por este relativo fracaso. Y retomó un trabajo comenzado en 1874 sobre la comedia de Shakespeare *Noche de Epifanía* o *Lo que queráis*. La futura obra se llamaría *Viola*. El proyecto no pasó de 365 compases.

FERNANDO FRAGA
San Vicente Ferrer, 34, 4.º izqda.
MADRID-10.